

Por tanto tiempo constantes
En un cariñoso abrazo
Lid, olvidaron y plazo
En tan ansiosos instantes.

Lloraban ambos al par
Con lágrimas de ternura,
Y ya próximo á llorar
El tío sin respirar
Bendecia su ventura;
Cuando oyeron de repente
De pobre instrumento el son,
Y entre el son de la corriente
Del Tajo, alegre cancion
Entonada diestramente.

DON GODOFREDO.

¡Ea! no escuse lo menos
Quien ha emprendido lo mas,
Id vuestra ruta serenos
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ.

¡Cómo señor, ¡qué es aquesto?
DON GODOFREDO.
Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.

DON FAVILA.

¡Y el rey?

DON GODOFREDO.

Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
Que el rey Egica ante mí
Tendrá que ver que nací
El mas justo de los dos.

CONCLUSIÓN.

Estaba cercano el dia;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedía
Y á largos pasos se hundía
Detras del alzado monte;
Cuando solo y descuidado
En largo manto embozado
Despacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian
La estensa vega cruzando
Varios ginetes que huían,
Que mas se devanecian
Cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica,
Nadie en Toledo lo esplica
Ni se halla en ningun papel.

Ello es que don Godofredo
De una hora tras él despacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador
Con que dicen que salía,
Bien claramente se via
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida
Preso de oculto pesar
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas,
Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego
De su retiro el sosiego
Y el bien de sus soledades,

Del rey su tío á cubierto
Ellos allá en sus estados
Vivieron muy bien casados,
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguras,
Sabrás otras aventuras
De doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto
Lector, las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coge de susto.

LEYENDA TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORO DE UNA FRANCESA.

En un dia de Febrero,
Como á las tres de la tarde,
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Vióse á un hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y trage.
En secretas reflexiones
Abismado, y sin curarse
De cuanto en rededor pasaba
Seguia, cual si ocupasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atencion
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó, pues, el hidalgo
Sus pasos para encontrarles,
Bien fuese curiosidad
O bien que les aguardase.
Salió al lindel del camino,
Y á la turba aproximándose
Peregrinos vió y juzgóles
Gente de noble linaje.
Dos damas y un caballero
Eran y con antifaces
Traían cubierto el rostro,
Costumbre de tiempos tales;
Caballos traían recios,
Cruces de plata, y por pajes
Quince ginetes armados
Del casco á los acicateas.
Llegados ante el incógnito
El caballero parándose

Dijole: Dios sea loado,
Buen hombre.—Y él con voz grave
Repuso: Loado sea
Por siempre, buen caminante.
—¿Por donde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
—¿Pensais en él hospedaros?
—Si que pienso.

—Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atencion no os enoja.
—Si ese camino llevareis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
—Voy tambien hácia el palacio.
—Entonces echad delante.

Tomó el de á pié en este punto.
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasión de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ilustre personaje,
Entró en Burgos por la puerta
Que á Santa María cae.
Y aquí con los peregrinos
Que le seguían juntándose,
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes.
—¿Y á dónde es el derrotero?
—A Santiago.

—Es una imágen

Y una iglesia milagrosas.
¿Y de qué tierra se parten?
—Desde Tolosa de Francia.
—De agradecer es el viaje!
¿Es devocion ó promesa?
—Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que es preguntára nadie.
—Perdone el buen peregrino.
—Vaya el buen guia adelante.
Y en esto el de á pié teniéndose
Ante un edificio grande

Alzado en una plazuela,
Dijo entre sério y afable:
—Vea lo que habla el Romero,
Pues aquí es fuerza que pare
Quien á mi palacio llega
A demandar hospedaje.
—¿Cómo! ¿Sois por vida mia . . .
—El conde Garci Fernandez.
—El de Castilla perdone.
—El de Tolesa demande,
Que anduvo el guia indiscreto
Y hará el conde castigarle.
Pero á pié á tierra, señores,
Que esta es su casa.

Y con tales
Palabras ayudó el conde
A las damas á apearse;
Y entrándose por sus puertas
Con cortesés ademanes
Las dió el brazo en la escalera
Sin que ellas se le equivasen.

Cómo entra amor en el alma,
En verdad que no se sabe,
Pero ello es que el tiene llave
Para abrir el corazón;
Y una palabra, un suspiro
Dicha ó exhalado apenas,
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razón.

Cadenas hechas de flores,
De deseos y de antojos,
Forjadas en unos ojos
De pudoroso mirar,
O en unos labios de púrpura
Que sonrien tiernamente,
Ensayados diestramente
En sonreír y en hablar.

¡Oh amor! que bien escogistes
Aunque niño, loco y ciego,
Lugar dó esconder tu fuego
Y tu irresistible iman!
Porque ¿cómo recelarse
De unos ojos inocentes,
Y de unas indiferentes
Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran
Y se escuchan poco á poco,
Y nace un deseo loco
Que aunque aislado y sin valor,
Tras él otro y otros trae,
Que ardientes y decididos
Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Así el conde de Castilla,
Labraba su desventura
La peregrina hermosura
Que en su palacio hospedó.
Y él que esquivó los halagos

De castellanas hermosas,
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebía con avidez
Tan ciego y desalentado,
Que cuanto mas le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quién no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su esquisito primor?
¿Quién fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

Y á fé que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo,
Creyó su azul como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues silencioso
Y amó con ansia despues;
Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus piés.

Y una noche entre los mirtos
Del jardín de su palacio,
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró,
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

Oh bellísima Argentina
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por dicha te ví,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios
Tu imagen se me parece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusión.
La luz que radia tu rostro

Mi corazón ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasión.

De día ansioso te busco,
Bajo tus rejas paseo,
Y venturoso me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas ni ves.

Creí que podría un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olvidarte ó no quererte,
Mas neciamente creí.
Yo te amo, sí, cada día
Que por mi existencia pasa,
Mi pasión crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
La luz de mis ojos sé;
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora,
Yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde
Las manos la acariciaba
Y el rostro la contemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábale indecisa,
Mas confiada en verdad

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus labios con harto ardor,
Mientras la luna que huía
Y las auras que sonaban,
Prestaban luz y armonía
A aquella escena de amor.

Y quién sabe lo que pueden
La solitaria frescura
La ilusión y la ventura
De una noche y un jardín;
Quien vé el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha,
El sí con que le responde
Imagínese por fin.

Un sí pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero expresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un sí cuyo eco encantado,

Cuyo sonido improvisó,
Abrió al conde un paraíso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos,
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro, ardiente,
En ella el conde posó;
Y la niña no ofendida
Mas cautelosa apartándose,
De su buen padre ausentándose
El dulce nombre invocó.

El conde que era entendido,
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del huésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia,
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

EL FRANCES.
Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?

EL CASTELLANO.
La dicha vengo á pedir.

EL FRANCES.
Si está en mi mano os la doy,
Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?

EL CASTELLANO.
Oídme, buen peregrino
Que á descifraros lo voy.
Yo os dí por vuestra nobleza
En mi palacio hospedaje,
Y os vino á hacer homenaje,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.

EL FRANCES.
Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona,
Mi fé desde aquí os la abona
Para delante de Dios.

EL CASTELLANO.
Pues bien, teneis una hija,
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.

EL FRANCES.

¡A Argentina!

EL CASTELLANO.
Sí por cierto.
Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franquee mi casa.
Y os dí cuanto poseía,

Y robaisme el alma mia,
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrió y meditabundo,
Pues que no habia en el mundo
Cosa que irlé á demandar
Que él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un extranjero,
Porque el acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
Del hospedaje obligado,
Y que al español honrado
Vivia y con gran poder,
Pensó que andaria necio
En negarla al castellano,
Que si no era un soberano,
Honrara hartó á una mujer.

Tendió, pues, la mano al conde
Con cortesana sonrisa,
Y sentando por precisa
Y absoluta condicion
La voluntad de Argentina,
Contestó que él la otorgaba,
Puesto que en dársela obraba
Conforme á su obligacion.

La boda, pues, acordóse,
E impaciente don García
Casóse en Santa María
Aun no trascurrido un mes.
Castilla y Tolosa hicieron
En las fiestas competencia,
Y hubo festin y licencia
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
A su nueva soberana,
La nobleza castellana
Siempre á sus condes leal;
Y cumpliendo el de Tolosa
En Santiago su promesa,
Volvióse á tierra francesa,
Siendo el gozo universal.

CAPITULO II.

DE COMO SE LA HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

¡Mas ¡ay del necio que fia
En la mujer y en el viento,
Que cambian en un momento
De rumbo y de fantasía!

Y ¡ay de quien fia en extraños,
Que aunque halagarnos pretendan,
Preciso es que al fin nos vendan
O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales
Vivieron ambos esposos,
Tiernos siempre y cariñosos,
Alegres siempre é iguales.
Amábala el español
Con tan ciega idolatría,
Que antes que en ella creeria
Que hubiera mancha en el sol.
Y amábale la francesa
Con intensidad tan rara,
Que mejor se la juzgara
Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria
Que su amor, y en tal esceso,
Que cambiara por un beso
La mas preciada victoria.

No habia gusto para ella
Si con él no le partia,
Y el vulgo, en fin, los creia
Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creia el conde,
Pero al fin dió en un abismo
Que ¿quién por otro responde
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues
Desde tierras de Tolosa,
De los padres de la esposa
Con regalos un frances.

Para mas ostentacion
De la amistosa misiva,
Vino con gran comitiva
De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta
Que entre ella nobles venian,
Que provincias mantenian
Con sus tropas y á su cuenta

Trajeron mil invenciones,
Refinamiento elegante
Del lujo, heraldos delante,
Pajes detras y bufones.

Y en fin, entre su equipaje
Con esplendidez estraña,
Hasta tiendas de campaña
Para las siestas del viaje.

Cuyas cosas en Castilla
Por gente sóbria habitada,
Tuvieron boga sobrada,
Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trages
Por gusto de la condesa,
Y armáronse á la francesa
De bufones y de pajes.

Diéronse mutuos festejos,
Y fué con tanta porfia,
Que cada cual ir queria
En lo liberal mas lejos.

Su ventaja al conocer
En caballos los de Francia,
Abrieron con arrogancia
Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,
Gente en los combates ducha,

Abrieron campo á la lucha
De pié contra los franceses.
Bajaron de la montaña,
De tal fiesta á los rumores,
Los mas fuertes lidiadores
Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde
De mil diferentes modos,
De su bizarría todos
Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles
Que en cabalgar muy maestros,
Con los franceses mas diestros
Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos
Que en la lucha franca y leal,
Se la hubieron hartó mal
De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,
Gallardo Alcides frances,
Luchó una vez contra tres
Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,
Chico de cuerpo, mas fiero,
Como los vientos ligero,
Y robusto como un roble.

El fué siempre el vencedor,
Y en la liza al presentarse
Los demas no retirarse
Era solo por honor.

Llamábase el tal, Lotario,
Y para amorosos lances,
Nadie le iba á los alcances
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado,
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponía en práctica,
Mas infalibles primero.

Iba tras de las devotas
A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.

Donde habia un padre viejo
Idólatra del honor,
Por la palabra menor
El duelo era su consejo.

Donde familia pacífica,
Via que aunque retirada
De oro y de bienes sobrada
Le recibia magnífica,

El, con gravedad enfática
Cada visita que hacia,
Por lo grave parecia
Una mision diplomática.

Y por fin, de astucia estrema
Dotado, el refran usaba
Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par

Gran músico, no hubo dama
Que al reclamo de su fama
No le viniera á admirar.

El, de las galas francesas
Llevaba la palma toda,
Y él era el galan de moda
Con las damas burgalesas.

La plática principal
De las mas hermosas niñas,
Eran las rondas y riñas
Del amante universal.

Y todas de sus amores
Anhelando ser objeto,
Disputábanse en secreto
Sus mas mínimos favores.

Mas él de su fiel fortuna
Audaz siguiendo las huellas,
Se olvidó de las estrellas
Al postrarse ante la luna.

¿Qué tienes, paloma mia?
Preguntaba el conde un día
A solas á su condesa,
¿Bien sabe Dios que me pesa
Mirar tu melancolía!

Si, tal vez por un descuido,
Imprudente ó no advertido,
Vida mia, te ofendí,
Perdon de hinojos te pido:

Si no, ¿qué te aqueja, dí?
Comprender la causa quiero
Del dolor que te atormenta;
Ni esposo ni caballero
Seré, si no te prefiero
A las cosas de mas cuenta.

No, Argentina; en mi condado
No hay objeto que me importe
Lo que tu amor regalado;
Dime, pues, ¿quién te ha enojado?

¿Algun chisme de la corte?
¿De alguna dama envidiosa
O de algun necio me infama?
¿Pudiste olvidar, hermosa,
Que tú á la par de mi esposa
Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla
Otra como tú tan bella,
Que pienses me maravilla,
Que en mí tu amor amancilla,
Ni casada ni doncella.

¿No, por Dios, paloma mia!
¿El conde así vendería
El amor de su condesa?
Que lo imagines me pesa
Mas que tu melancolía.

Tal dijo el conde á su esposa,
Mas no logró una respuesta
Que pusiera manifiesta
A sus ojos la verdad.
Pasó un día y otro día,
Y á su mismo afan tornando

Volvió á porfiar quedando
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
Con la candidez de un niño
A ponderar su cariño
Con minucioso placer.
Llamábala con los nombres
Mas sentidos y halagüenos,
Sol, arcángel de sus sueños...
Cuanto halaga á una mujer.

Y tomando entre sus manos
Su peregrina cabeza,
Contemplaba su belleza
Con alegría infantil:
Y estático en sus hechizos,
El purísimo reflejo
De sus ojos le era espejo
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
Sus párpados transparentes
Y sus mejillas ardientes,
Y sus lábios de coral,
Y los rizos olorosos
De su flotante cabello,
Suspendidos por el cuello
En complicada espiral.

Y él triste, de cualquier modo
Y aun á su costa, quisiera
Una sonrisa ligera
De sus lábios arrancar;
Mas era empeño insensato!
El embozo impertinente
Con que nublaba la frente
No pudo nunca apartar.

El, que como amante, ciego
Por falso cristal veía,
Capricho amante creía
Lo que era abierto desden,
Y aguardaba á cada instante
La esplicacion de un misterio,
Que le robaba el imperio
En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante
Juzgaba el mal de Argentina,
Hijo de duda mezquina
En su inalterable amor,
Y en la pureza fiado
De su tranquila conciencia,
Aguardaba con paciencia
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
Los sitios mas solitarios
Elegía por santuarios
De su secreto pesar;
Y se la via en la noche
Cual sombra que arrastra el viento

A solas con paso lento
Por los jardines vagar.

A veces cabe una frente
Recl nada largas horas
De las corrientes sonoras
Adormida con el son,
Sollozaba tristemente
Las secretas agonias
Que envenenaban sus dias,
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro
Perdida en la sombra oscura,
O entre la hojosa espesura
De la parra y del rosál,
Parecía que con álguien
Conversacion entablaba,
Aunque qué y con quién hablaba
Se comprendía muy mal.

Y el rumor de estos misterios
Entre el vulgo propagado,
Por el vulgo interpretado
Con ruin malicia vulgar
A mil fábulas audaces
Crédito asaz infundia,
Y á cada punto crecía
En la chusma popular.

Porque de antiguo, Castilla
Ya escarmentada de estraños,
Imagina siempre engaños
De la estrañera doblez;
Y luego (decía el pueblo)
Por mas que nació condesa,
Siendo al cabo un francesa
No hay que fiarse, pardiez

El conde en tanto creía
Que la memoria de Francia
Con el tiempo y la distancia
Avivada sin sentir,
Y la vista de sus gentes
Y el recuerdo de su lengua,
A las manias presentes
La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado
La aseguró que acabada
Una contienda empeñada
Con el árabe Almanzor,
Darian vuelta á Tolosa,
Donde pronto espantaría
Su oculta melancolía,
Devolviéndole su amor.

Partióse, pues, el buen conde
Contra Almanzor á campaña,
Y fué con tan justa saña
Que aun humeando del moro
Con la sangre harta de afrenta
Su campo feráz ostenta
Santisteban de Gormaz.

Que en aquel dia glorioso
Para el honor de Castilla,
Ni quedó ginete en silla,
Ni peon quedó de pié.
Allí cayeron á impulso
De las lanzas castellanás
Las falanjes africanas
Enemigas de la fé.

Y aun viene alguna noche
Los lobos en turba hambrienta
A hozar la tierra sangrienta
Regado ocho siglos ha;
Y aun pasan los calvos buitres
Sobre el valle en banda espesa
Avarientos de la presa
Reducida á polvo ya.

Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay, pobre don Garcia!
El solo lloró aquel dia
La gloria que á España dió.
Mas le valiera mil veces
Caer en Gormaz con honra
Que cargar con la deshonra
Con que Burgos le acogió.

Si, pasó bajo sus puertas
Al doblar de los tambores
Con mas aplausos y honores
De los que él soñó jamas,
Pero llegó á su palacio
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su sér quizas.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damas
Que dejó en él, en su ausencia
Esquivaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante,
Llamando con voz pujante
A su gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecía,
A sus voces respondía
Con lamento funeral.

Rabioso decía—"¿dónde
Mi servidumbre se encuentra?"
Y el eco decía—"entra,
Y entraba el conde en furor.
Decía con voz doliente:
"¿Qué es de mi esposa querida?"
Y el eco decía—"ida
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez
De sus amigos cercado,
Su alcázar abandonado
Pisando medroso vá.
Y su ánima vigorosa
De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y díjoles:
"¿No hay quien me dé una respuesta?"
Y el eco repitió—"esta,
Y él mirando en derredor
"¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?"
Y el eco retumbó Francia
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado,
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con ímpetu
Y al tender dentro los ojos,
En torno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz don Garcia,
¿Pensábais, pues, que vendría
Mi palacio á conquistar?
¿Por qué os acogeis al templo?
¿Qué es esto gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí,
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano,
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?
Dí ó mueres tras mi demanda.
Y el eco murmuró—"anda,
Porque la turba calló.
Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó está mi Argentina?—huye,
El eco sordo gemió.

Rompió en sollozos la gente,
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo don Garcia
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo,
Gemió... y los tornó á bajar.